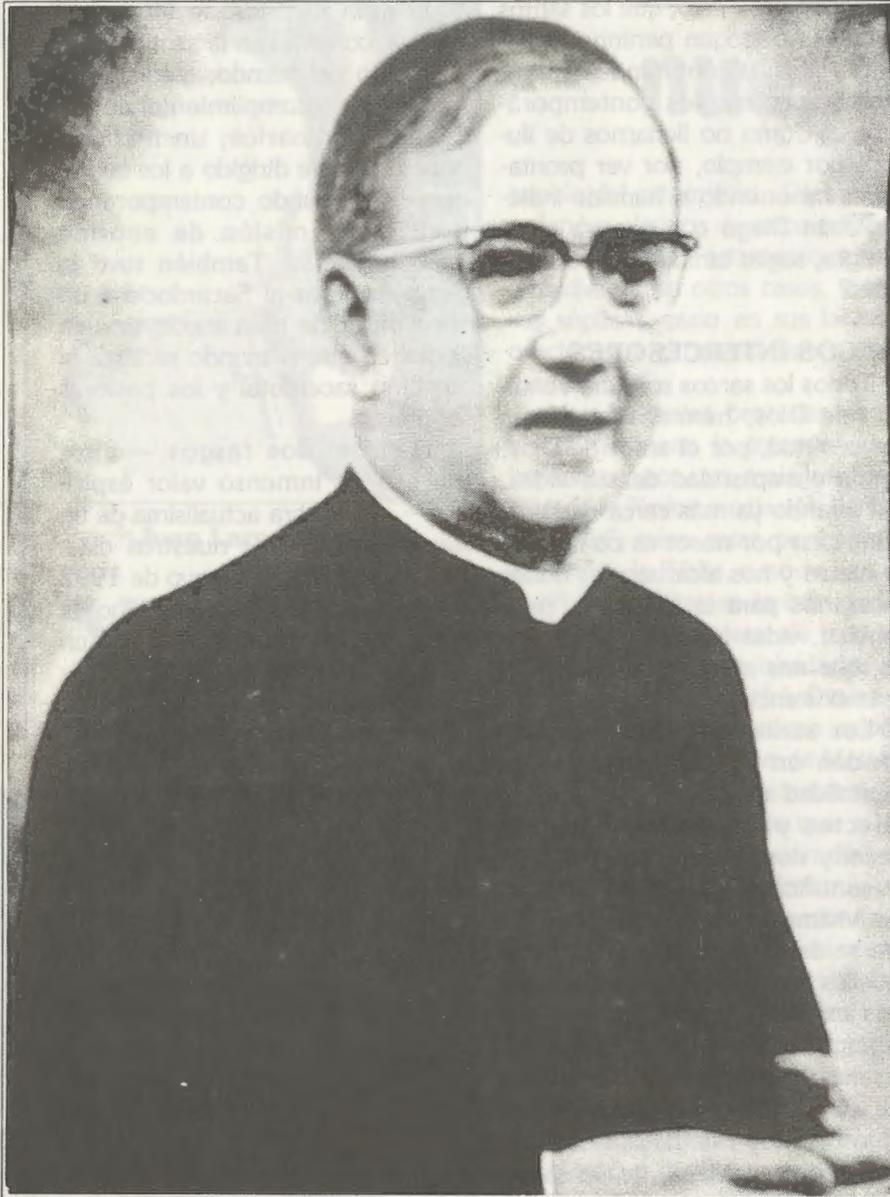


YO CONOCI A UN SANTO

Por Mons. Juan Larrea Holguín



Mons. Jose María Escrivá de Balaguer.

En 1950, durante el pontificado de Pio XII, tuve la suerte de asistir a la canonización de una joven campesina italiana, que murió martir, por defender su castidad. Lo que resultó muy sorprendente y conmovedor, fué la presencia en la solemnísimas ceremonia, de la madre de la santa: yo la ví,

emocionada hasta las lágrimas. Me contaron que también estaba presente el hombre que mató a María Goreti, aunque a éste, no lo ví. Pensé, que debía ser, indiscutiblemente, algo muy extraordinario, presenciar la glorificación por parte de la Iglesia, de una persona a quien se ha conocido personalmente.

Por esa misma época, unos años antes,

Las beatificaciones y canonizaciones, constituyen el más solemne, serio e imparcial juicio que puede darse sobre la tierra.

quiso la Providencia que conociera a un hombre extraordinario, que ha influido poderosísimamente en la vida de millones de personas contemporáneas, entre las que me cuento yo. Este Sacerdote, va a subir a los altares el próximo 17 de mayo. Pio XII, Juan XXIII, Paulo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II han hecho elogios extraordinarios de la santidad de su vida y de la importancia de su obra, pero ahora se anuncia para la referida fecha, la solemne proclamación de que el Bienaventurado José María Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, merece el culto público en la Iglesia Universal.

Las beatificaciones y canonizaciones, constituyen el más solemne, serio e imparcial juicio que puede darse sobre la tierra.

El Soberano Pontífice, en su calidad, de representante de Jesucristo, usando su suprema potestad, como Maestro y Pastor universal, declara que una persona ha vivido heroicamente las virtudes cristianas y puede ser considerada como un modelo para los demás hombres, y como un intercesor ante Cristo, porque está en la gloria de los santos, en el cielo.

Un juicio de esta categoría, como es obvio, se lleva a cabo con las máximas exigencias jurídicas, teológicas, religiosas y de seriedad científica en todo sentido. Para que el Papa, meditando todos los datos y con la asistencia del Espíritu Santo, llegue a pronunciarse sobre la santidad de un ser humano, comprometiéndose la infalibilidad del Vicario de Jesucristo, se requiere que se haya probado de modo indiscutible el carácter de extraordinaria santidad de quien se pretende canonizar o beatificar.

Además del examen detallado de la vida del Siervo de Dios que se pretende canonizar, se estudian todos sus escritos. Para certificarse sobre las obras y virtudes de estas personas, se recurre a documentos y testigos. Cuando se trata de personas que murieron hace muchos años, naturalmente, ya no sobreviven testigos directos, pero sí puede haberlos indirectos. Respecto de personas fallecidas hace no muchos años, resulta más fácil recibir el testimonio de quienes les conocieron personalmente. En el caso de Mons. Escrivá, fueron miles de Obispos, de Sacerdotes, de seglares que tuvieron amplia y profunda relación con él y de entre ellos, se pidió el testimonio a un par de centenares de personas de muy variadas circunstancias, por edad, profesión, situación en la Iglesia, etc., es decir, un abanico variadísimo de testigos muy especialmente calificados.

La Iglesia considera que si Dios ha obrado algún milagro por la intercesión de un Siervo de Dios, este hecho demuestra plenamente la santidad del mismo; por esto, exige que se pruebe al menos un milagro para beatificar y otro para canonizar a alguien. Estos milagros, consistentes en hechos que no puedan explicarse por causas naturales, sino solamente por una intervención extraordinaria de Dios y su poder infinito. Tales milagros han de probarse rigurosamente, sin que quepa duda alguna de su realidad y de que se deban atribuir exclusivamente a la intervención o intercesión del beato o santo.

Cuando en aquel año 1950 yo presenciaba la solemne canonización de María Goretti, no me había imaginado que unos

La Iglesia considera que si Dios ha obrado algún milagro por la intercesión de un Siervo de Dios, este hecho demuestra plenamente la santidad del mismo; por esto, exige que se pruebe al menos un milagro para beatificar y otro para canonizar a alguien.

cuarenta años más tarde podría tener la enorme dicha de la glorificación de Monseñor José María Escrivá. Ya lo conocía, desde 1948, y pude constatar de muy cerca, sus virtudes heroicas, la eficacia sobrenatural de su vida santa, pero por aquel tiempo, no soñaba siquiera, con llegar a verlo en los altares. Sabía, tenía la íntima convicción, de que un hombre como él, era un santo, pero, no pensaba que lo alcanzaría a ver propuesto por el Papa como modelo de santidad.

Dios ha querido que estas cosas sucedan, primeramente, porque Mons. Escrivá falleció solamente a los 73 años y el proceso de beatificación y canonización se instauró relativamente pronto, a petición de un número inmenso de Cardenales, Arzobispos y Obispos del mundo entero. Además, incontables peticiones de otros fieles, seglares y religiosos, desde jefes de Estado hasta humildes campesinos y obreros, algunos, miembros del Opus Dei y muchísimos que no pertenecen a esta Prelatura Personal.

El proceso se siguió simultáneamente en Roma y en Madrid; se recibieron los testimonios en ambas ciudades y se han examinado los numerosos escritos, publicados y no publicados, por Mons. Escrivá. De entre los miles de favores extraordinarios obtenidos por su intercesión, se seleccionaron algunas decenas de ellos que tienen la categoría de verdaderos milagros y, ya para la jurídica, se aportaron las más exigentes pruebas relativas a una curación

prácticamente instantánea de una gravísima enfermedad (con tumores grandes como una naranja y muchas complicaciones, renales, pulmonares y cardíacas).

La impresión que me produce este hecho de que pronto va a ser beatificado el Fundador del Opus Dei, es de alegría muy grande y, aunque el tiempo transcurrido desde su muerte no es largo - diecisiete años-, resulta muy explicable la desición del Sumo Pontífice, dada la fama universal de santidad del Siervo de Dios, los incontables favores obtenidos por su intercesión, los milagros probados y sobre todo, la santidad eminentísima de su vida. Además, las obras apostólicas de Mons. Escrivá, constituyen como un milagro viviente: más de ochenta mil miembros del Opus Dei, de los cinco continentes, tratan de santificarse viviendo en su propio ambiente, profesión, familia y ocupaciones, con el desempeño de sus deberes ordinarios, con su trabajo bien hecho y por amor de Dios. Monseñor Escrivá llevó al Sacerdocio un buen millar de hijos suyos, todos con un Doctorado eclesiástico y una profesión secular ejercida por algún tiempo (médicos, arquitectos, militares, abogados, enfermeros, ingenieros, etc). solo esto, demuestra la eficacia de una vida santa. Y téngase en cuenta que no se propone el Opus Dei ordenar sacerdotes, sino que cada persona se santifique en su propio lugar y estado, con su trabajo profesional.

La espiritualidad propia del Opus Dei, se contiene en los numerosos libros de Monseñor Escrivá, entre los cuales el más conocido es "Camino". Otros libros que hacen mucho bien a incontables personas, son: "Surco", "Forja", "Amigos de Dios", "Es Cristo que Pasa", "Via Crucis", "El Santo Rosario". "Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer", etc.

Al acercarse la solemne glorificación del Bienaventurado Josemaría Escrivá, doy gracias a Dios, que me permitió conocer a un santo y un santo que ha contribuido como pocos al servicio de la Iglesia en estos tiempos de tantas necesidades espirituales. ■